

**UN SOCIALISMO RENOVADO  
PARA RECONSTRUIR UNA GRAN FUERZA DE IZQUIERDA**

Carlos Ominami P.

*Publicación  
1 junio 1995*

### Introducción

A pesar de los importantes avances realizados a partir de 1990, Chile presenta todavía demasiadas carencias. Concluir la transición, crecer aceleradamente distribuyendo equitativamente los frutos de ese crecimiento, desterrar la intolerancia y ampliar las libertades son las grandes tareas que tenemos por delante.

Resulta extraordinariamente inquietante el que las dinámicas sociales y políticas actualmente imperantes no estén siendo capaces de crear condiciones favorables a la materialización de esas aspiraciones. Antes bien, muchos elementos indican que en nuestro país tiende a consolidarse una democracia a medias, una economía fuertemente desigual y un clima de creciente intolerancia y provincianismo en el campo valórico y cultural.

Algunos tratan de explicar esta situación diciendo que el gobierno es de derecha. No comparto esta apreciación. El problema es mucho más complejo. Es el país el que se ha rechazado y ni el gobierno, ni la Concertación ni tampoco nosotros sabemos qué hacer exactamente para modificar esta situación.

Es en este cuadro que cobra sentido una reflexión a fondo acerca de la realidad del socialismo en Chile y muy concretamente de su capacidad para interpelar el actual estado de cosas, abriendo paso a procesos de acumulación de fuerzas que permitan una reorientación sustantiva del actual curso.

Los partidos políticos por larga y heroica que sea su trayectoria, sólo se justifican en tanto instrumentos de causas que los trascienden. Los partidos que viven principalmente para servirse a sí mismos tienen una existencia efímera y no son históricamente relevantes. Es, en consecuencia, pertinente interrogar hoy día al socialismo respecto de los grandes desafíos que el país presenta. Para decirlo de manera muy directa, pienso que nuestro partido no está a la altura de las circunstancias, que no estamos acumulando la fuerza necesaria para enfrentar con éxitos los enclaves autoritarios, las tendencias al agravamiento de las desigualdades y el totalitarismo moral que domina en el país.

Siento que los socialistas en vez de crecer nos hemos estancado. Veo un partido que no mantiene sus raíces con la sociedad sino que, por el contrario, tiende a replegarse sobre sí mismo, todo lo cual explica el hecho que en la práctica sean más los socialistas que dejan la actividad partidaria que los nuevos contingentes que vienen a engrosar nuestras filas. Porque la incorporación efectiva de militantes al partido se ha detenido y los llamados frentes de masa, salvo muy contadas excepciones no operan en prácticamente ninguna parte.

Tengo plena conciencia de las dificultades y los dolores de una discusión de este tipo. Es ciertamente más simple guardar silencio o mantener un discurso autocomplaciente. Como militante y senador socialista siento, sin embargo, que una actitud de ese tipo sería altamente censurable.

El socialismo es antes que nada una visión crítica de la realidad, un enfoque que rechaza el conformismo. Pero, aquello que se aplica a la realidad externa con mayor razón debe aplicarse a nosotros mismos. En el momento en que caigamos en la autocomplacencia perdiendo capacidad para analizar nuestras limitaciones, ahí mismo nuestra capacidad de enfrentar tareas de envergadura histórica habrá llegado a un punto muerto.

Quizás, la historia del socialismo real no habría culminado en un desplome ignominioso, si no se hubieren acallado las voces críticas que desde su interior surgían. Si la crítica no hubiese sido estigmatizada, los disidentes perseguidos y sus opiniones deformadas a lo mejor las experiencias socialistas no hubieran tenido el final vergonzoso que hemos conocido.

Algo semejante puede decirse de esa poderosa institución que en su época fue el Partido Comunista. Experto en acallar las críticas y denostar a los disidentes, allí está en la marginalidad y la irrelevancia. Los partidos políticos son instrumentos de transformación de la realidad social. Para ello requieren desplegar también una gran capacidad de transformación de sí mismos.

Me propongo en esta intervención expresar mis ideas con la mayor franqueza, sin rodeos ni verdades a medias que lo único que hacen es anesthesiarnos impidiéndonos enfrentar nuestros verdaderos problemas.

Si alguien ha podido sentirse o se siente ofendido con mis palabras, aquí mismo le pido excusas. No es ese mi ánimo. Respeto como el que más el esfuerzo y el sacrificio que a lo largo de la historia han aportado muchos socialistas. Justamente, en nombre de esas tradiciones, quiero expresar, con cariño, pero sin ambigüedades mis opiniones.

Apelo en esto a las reglas básicas del debate democrático, al respeto por las opiniones ajenas, a la confrontación de ideas que deja de lado la descalificación y el pernicioso recurso a la distorsión de las opiniones ajenas.

No pretendo ni con mucho constituirme en portador de verdades absolutas. Si con buenos argumentos se me demuestra que estoy equivocado, gustoso lo reconoceré. Acepto todas las críticas, por duras que ellas sean. Lo que no voy a aceptar son los juicios sobre mis sentimientos y mi corazón. A los compañeros que han pretendido hacerlo, les digo que se están irrogando un derecho que

nadie les ha otorgado, que por esa vía se llega demasiado rápido a la descalificación y a la imposibilidad de todo diálogo racional.

## I EL CHILE DEL 95

Democracia plena, crecimiento con equidad, tolerancia y respeto de la diversidad son grandes aspiraciones que figuran en el Chile de hoy como tareas pendientes por falta de actores sociales y políticos con la fuerza suficiente para hacerlas realidad.

Los enclaves autoritarios heredados del régimen militar no sólo mantienen su vigencia constitucional, sino que se han activado fuertemente durante el último tiempo poniendo graves cortapisas a la acción democratizadora. Es así como el país asistió a un conflicto entre el Presidente de la República y el Jefe de la Policía que puso dramáticamente en evidencia las limitaciones de la autoridad presidencial.

Es así, también, como una institución por excelencia del sistema democrático- el Parlamento- no consigue, producto en particular de la existencia de senadores designados, expresar de manera fiel la soberanía popular y se ha transformado en un poder que obstaculiza de manera sistemática los avances políticos y sociales. Otro tanto ha ocurrido con el Tribunal Constitucional, el cual frente al grave problema de la deuda que arrastran algunos de los principales bancos del país, ha fallado persistentemente en la dirección de defender los intereses de grupos minoritarios que han usado y abusado de resquicios legales para mantener sus privilegios.

El proceso de transición a la democracia en nuestro país se encuentra congelado. No estamos avanzando en la dirección de la democracia plena. De mantenerse la actual situación es de temer que la institucionalidad asuma como permanentes las herencias del autoritarismo. Así las cosas, no está para nada excluida la posibilidad que, en marzo de 1998 tengamos al general Pinochet, esta vez en condición de senador vitalicio, dirimiendo en el Senado a favor de la derecha el empate que puede surgir de las urnas dada la injusticia del sistema binominal.

En el campo económico Chile ha hecho progresos importantes. Somos de lejos el país que más ha crecido durante los últimos años en América Latina. Nuestras tasas de crecimiento se comparan muy favorablemente con las que han imperado en la mayoría de los países del mundo. Se trata de un progreso importante toda vez que por primera vez en nuestra historia es posible visualizar la superación de la condición de subdesarrollo. Sin embargo, surgen legítimas interrogantes respecto de la capacidad del país para distribuir equitativamente los frutos de este crecimiento. Más aún, nos

asiste el convencimiento de que en la actualidad vuelven nuevamente a predominar las tendencias regresivas en materia de distribución de los ingresos, porque los factores que a principios de los noventa permitieron revertir estas tendencias no están hoy día operando en el país.

En verdad, no existen los instrumentos susceptibles de corregir esta situación. Antes bien, en materia tributaria se ha llegado a una situación de congelamiento que impide que el parlamento conozca siquiera de propuestas destinadas a moderar el impacto de las tendencias regresivas. Por otra parte, hemos visto durante este último tiempo la violenta reacción del sector empresarial y de la derecha política respecto del proyecto de modificaciones de la legislación laboral propuesto por el ejecutivo. Se trata, en este campo, de resolver inequidades evidentes en la realidad laboral chilena, una de cuyas características básicas es el escaso porcentaje, no superior al 11%, de trabajadores que participan efectivamente de los procesos de negociación colectiva.

En un cuadro de congelamiento tributario y de escasa capacidad y poder de negociación por parte de los trabajadores se entiende perfectamente que los frutos del crecimiento no se distribuyan equitativamente y que puedan estar nuevamente primando las tendencias concentradoras de una estructura en sí fuertemente desigual.

Asimismo, en el plano de los valores y de las libertades somos un país que lejos de ser moderno se sitúa en muchos aspectos a la vanguardia del arcaísmo y del retraso. Chile es, en efecto, el país que ostenta el poco prestigioso récord de ser el único que en América no ha todavía legislado acerca del divorcio manteniendo una figura jurídica basada en el falso testimonio y en el cinismo. Somos, a su vez, un país en el cual se practican alrededor de 200.000 abortos al año en forma clandestina, provocándose la muerte de muchas jóvenes sin que esto pueda debatirse abiertamente y arriesgándose cualquiera que plantee el debate a la crucifixión en la plaza pública. Somos, en realidad, un país en donde las tendencias autoritarias mantienen una fuerte ascendencia. Un país en el cual los aspectos represivos son siempre mejor recibidos que las dimensiones educativas y rehabilitadoras de cualquier política.

Así es el Chile de mediados de los noventa. Así es el Chile que está emergiendo de esta transición todavía inconclusa de la dictadura a la democracia.

Luchamos fuertemente durante los setenta y los ochenta para hacer posible el fin del régimen militar. Nuestros aciertos en el campo de la política fueron fundamentales en la definición de una estrategia de confrontación con la dictadura que fue la que finalmente se impuso y abrió paso al proceso de transición. Si no hubiésemos luchado con fuerza en el seno de la izquierda y al

interior de nosotros mismos quizás todavía estaríamos viviendo en dictadura.

Pero, nuestro éxito dista mucho de ser completo. El Chile de hoy, el país real está demasiado lejos de nuestros sueños y aspiraciones.

Se dice, y así yo lo creo, que nuestro país tiene una oportunidad única de desarrollo. Me preocupa, sin embargo, que ella termine frustrándose porque en ausencia de un sólido respaldo social a su materialización puede terminar reducida a una ilusión tecnocrático-empresarial, porque o logramos una modernización integradora o terminaremos frustrando la posibilidad misma de la modernización.

## II EL DETERIORO DE LA POLITICA

En ese cuadro resulta particularmente grave la precoz erosión que evidencia nuestro sistema político.

En democracia, la política es el espacio del cambio. Si esta se deteriora, si los debates se hacen intrascendentes, si los partidos se empequeñecen, si, en suma, la ciudadanía se distancia en forma creciente de la política, se produce un proceso cuyo principal resultado es perfectamente predecible: el orden actual tiende a mantenerse, transformándose en permanente aquello que siempre hemos entendido como el producto de la excepción.

Aquí radica la enorme gravedad de la situación que enfrentamos.

Tenemos enormes carencias y nos estamos quedando, a ojos vista, sin espacio ni instrumentos para enfrentarlos. La democracia cautiva, la inequidad o el totalitarismo valórico están en vías de transformarse en los componentes principales del orden que nos acompañara a lo largo de nuestras vidas.

Este será el resultado más probable de la conjunción de desafecciones, desasosiegos, frustraciones, y escepticismo en que estamos inmersos, si no somos capaces de revertir la situación.

Es francamente impresionante la intensidad del cambio del estado de ánimo del país. Episodios recientes como el 5 de octubre de 1988, con toda su alegría y esperanza resultan hoy día muy lejanos. Así se explica el brusco cambio de la mayoría de nuestros jóvenes. En demasiado poco tiempo hemos pasado del entusiasmo desbordante al nihilismo estéril del "no estoy ni ahí".

No son estas puras impresiones subjetivas. Todos los estudios de opinión confirman el fenómeno del distanciamiento entre la

ciudadanía y la política. Resultó extremadamente doloroso constatar que las instituciones por excelencia de la democracia, el parlamento y los partidos políticos, son aquellos que menos confianza suscitan en la ciudadanía.

Es en verdad duro constatar cómo no obstante su dramática historia, las FF AA consiguen niveles de confianza que cuadruplican a los partidos políticos.

Que esto ocurra con el sistema de partidos, no es grave para la derecha. Para nosotros es, sin embargo, mortal porque la acción política y la adhesión ciudadana, son los únicos instrumentos de los cuales disponemos para producir un cambio.

Nuestras aspiraciones son, en consecuencia, las que más sufren el deterioro de la política y la pérdida de confianza en sus actores.

Para tranquilizarnos algunos nos dicen que esto ha sido siempre así y que por lo demás también ocurre en otros países. Lo primero no es cierto y lo segundo no constituye razón para consolarse.

Hay que remontar a los inicios de la década de los cincuenta en Chile para encontrar un tal clima de crítica y desconfianza hacia la actividad política.

Por otra parte, con toda su gravedad los fenómenos de deterioro de la política en muchos países de Europa, intervienen en condiciones muy diversas a las nuestras. Se trata de sociedades socialmente mucho más homogéneas, más tolerantes y en las cuales la plenitud democrática forma casi parte del orden natural de las cosas.

Para nosotros resulta definitivamente lapidario que la percepción pública de la política desconozca su dimensión de servicio y ponga por delante los protagonismos espúreos, las rencillas y aspiraciones personales, en definitiva, la levedad, la falta de sustancia.

Y en esto no hay que equivocarse. A la ciudadanía le interesan sobremanera los grandes temas que constituyen la política. Todo el problema estriba en que, mayoritariamente, no nos cree a los dirigentes políticos.

Desde cierto punto de vista, el "ser político" apunta a la necesidad de dejar conforme al mayor número, a no decir cosas que puedan resultar polémicas, a limar las aristas, a eludir los conflictos, a invocar los lugares comunes evitando los dilemas y las opciones.

Este tipo de comportamiento genera un alto grado de rechazo de parte de la ciudadanía.

De nuestra perspectiva, se plantea un tema muy de moda hace unos años y que desgraciadamente se nos fue olvidando en el camino: constituir un nuevo modo de hacer política.

### III ¿Y EL P.S. QUE?

Naturalmente, todo lo anterior no tendría ningún dramatismo si el socialismo se eximiera del juicio crítico de la ciudadanía. No es esa, sin embargo, nuestra situación. Todos los estudios de opinión más recientes no nos otorgan más de un 4 ó 5% de la adhesión ciudadana. Coincidamos que las encuestas tienen un sesgo sistemático en nuestra contra. Atribuyámonos el doble de esa adhesión. ¿Constituimos de todos modos una fuerza relevante con capacidad de alterar el actual movimiento de las cosas?

Honestamente, y con dolor, pienso que no.

En forma sistemática el PPD registra en los estudios de opinión niveles de adhesión que nos duplican o triplican. Por primera vez percibo la posibilidad real que es partido, nacido de nuestro esfuerzo e imaginación, se sitúe en una posición de claro predominio sobre nosotros.

Estudios cualitativos sobre la imagen de ambos partidos entregan resultados que apuntan en la misma dirección. Mientras el PPD aparece como la expresión del socialismo renovado, flexible, sensible a las inquietudes de la gente y cercano a la DC, el P.S. aparece como un partido más histórico, más ideológico y conflictivo y más próximo al Partido Comunista.

La consolidación de esta percepción del PS por parte de la ciudadanía resulta fatal para cualquier tentativa de articulación política trascendente a partir de nuestro partido.

Las razones de esta situación remontan a cuestiones muy de fondo, que van, por cierto, mucho más allá de la gestión de las sucesivas direcciones.

En realidad, las estructuras partidarias se han ido vaciando hasta quedar reducidos a una muy mínima expresión. Se mantienen, naturalmente, las instancias máximas como el Comité Central y los Comités Regionales, mientras la estructura de núcleos y seccionales, que agrupaba a la gran mayoría de los militantes ha virtualmente desaparecido.

Una situación que merece un comentario aparte es la relativa a la presencia de jóvenes en el partido. La realidad en este campo es que los meritorios esfuerzos de la Juventud Socialista adolecen de continuidad partidaria. Dicho en otros términos, muchos jóvenes que adhieren a la JS no continúan posteriormente en el Partido. Resulta francamente preocupante constatar cómo nuestro partido no consigue finalmente sustraerse a esta tendencia general al alejamiento de las generaciones más jóvenes de la actividad política.

Son múltiples los factores que explican el evidente decaimiento de la actividad partidaria y de la presencia del socialismo en la sociedad.

En primer lugar, aunque han pasado más de veinte años del golpe de Estado y del fin del gobierno popular, los efectos de la derrota aún continúan presentes. La historia la escriben los vencedores, y en nuestro caso, de una manera tal que todavía sirve para revivir miedos y descalificar posiciones.

Por otra parte, sufrimos también el impacto del desplome de los socialismos reales con toda la carga negativa con que esas experiencias han quedado asociadas a la percepción pública. Esa carga es de tal magnitud, que el distanciamiento intelectual y político del socialismo chileno respecto de esas experiencias no es suficiente como para contrarrestar sus negativos efectos.

En tercer lugar, nos falta capacidad de propuesta. No obstante disponer de un potencial técnico interesante, la imagen pública del partido está muy poco vinculada a la presentación de propuestas de interés para la gente.

No caben dudas que la situación extraordinariamente adversa que enfrentamos, en materia de medios de comunicación, juega un papel importante. Pero, no podemos desconocer que, dadas las dificultades para difundir nuestros planteamientos, hemos terminado resignándonos a una suerte de silencio sobre muchos de los temas que más directamente interesan a la ciudadanía.

No tenemos en verdad propuestas conducentes a constituir un sistema público de salud que garantice un servicio adecuado a los sectores más modestos. No hemos tampoco planteado una solución para corregir los excesos del sistema de capitalización individual de los ahorros previsionales. Le debemos también al país una propuesta de reforma educacional que le garanticen al niño y al joven pobre, por sus méritos, acceso a los máximos niveles.

Así, la imagen partidaria está mucho más vinculada a cuestiones reactivas, a rezongos por tal o cual decisión gubernamental o a otros hechos que la prensa se encarga de presentar con caracteres de escándalo.

La falta de propuesta sustantiva genera un círculo vicioso. La función de administración del poder que un partido de gobierno necesariamente debe ejercer, tiende a independizarse de los contenidos políticos. Las cuotas de poder adquieren valor propio y se desvinculan del servicio a tal o cual interés colectivo. En lo externo, esta situación produce un fuerte distanciamiento con la ciudadanía. En lo interno, el predominio de la función de administración del poder induce el surgimiento de lógicas excluyentes y el relajamiento de las lealtades. Si lo esencial es el control de una determinada cuota de poder, la exclusión aumenta naturalmente las posibilidades de acceder a ella por parte de los reducidos grupos que participamos de la administración partidaria. Del mismo modo, si las ideas, las grandes aspiraciones, se nos van quedando en el camino, se entiende la emergencia, a los distintos niveles, de formas de competencia que debilitan peligrosamente las necesarias lealtades entre nosotros.

A lo anterior, y por cierto no menos importante, se agrega nuestra dificultad para relacionarnos con aspectos fundamentales de la realidad contemporánea. La empresa, el mercado, la internacionalización o la globalización son conceptos que entran muy dificultosamente en nuestros esquemas tradicionales de pensamiento.

La empresa es más bien percibida como el espacio de la explotación y se desatiende el hecho de que en ella, junto al conflicto, se establecen relaciones de cooperación que son la base del progreso material de los pueblos.

En la visión del mercado se privilegia su dimensión reproductora de las desigualdades, pero se pasa por alto su mayor eficacia en la asignación de los recursos y su mayor compatibilidad con un estado de derecho basado también en el respeto de las libertades individuales. Como he tenido ocasión de sostenerlo en otro trabajo, con una regulación adecuada y una distribución equitativa de los ingresos, el mercado es más democrático y menos arbitrario que los sistemas de planificación centralizada que necesariamente operan como dictaduras sobre las necesidades de las personas.

Otro tanto ocurre con la internacionalización y la globalización, las cuales constituyen tendencias muy de fondo de la evolución contemporánea que se acomodan mal a nuestras concepciones nacionalistas e incluso latinoamericanistas.

Para decirlo derechamente, la vocación del socialismo no puede sino ser planetaria y la afirmación de nuestra personalidad latinoamericana debe hacerse con referencia al mundo global del que somos parte.

Existen, a su vez, importantes elementos estructurales que explican nuestras debilidades. Quiero en esta ocasión precisar mi pensamiento. El P.S. anterior al golpe del 73 era el producto de las tendencias más dinámicas que habían operado en la realidad nacional durante las décadas anteriores. Ellas condujeron a la emergencia de un conjunto de sectores e instituciones, que constituyeron la base de apoyo del socialismo. Sostengo que en la actualidad esos sectores e instituciones se encuentran en franca fase de declinación o debilitamiento. Me refiero a:

- i) la clase obrera sindicalmente organizada cuyo número tiende a disminuir con el consecuente impacto en su gravitación social y política.
- ii) el personal público asociado a la configuración de un Estado empresario y fuertemente interviniente que se ha reducido en forma considerable.
- iii) el Estado docente que luego de la reforma educacional del régimen militar ha abierto paso a un proceso de mayor segmentación al interior del Magisterio.
- iv) el movimiento estudiantil que constituyó un pilar fundamental del socialismo y que en la actualidad exhibe altísimos grados de dispersión e inactividad.
- v) el sistema público de excelencia constituido por la Universidad de Chile y una red de liceos fiscales que hacían posible la materialización de los principios del elitismo republicano, basado en el esfuerzo y el mérito y no en el poder del dinero.
- vi) el movimiento artístico-cultural de los años cincuenta y sesenta que se comprometió con una política de cambios llegándose a producir una estrecha asociación entre cultura y transformación que hoy ya no existe.
- vii) la masonería, institución que luego de su autocensura durante la dictadura, no consigue recuperar el prestigio e influencia de décadas pasadas.

Una expresión clara de nuestras debilidades estructurales son los particularmente bajos resultados obtenidos por el partido en las principales concentraciones urbanas -especialmente Santiago, Valparaíso y Viña del Mar- y una mejor capacidad de resistencia en las localidades rurales más alejadas.

La base material en la que se constituyó el socialismo fue aquella que resultó del desarrollo hacia adentro y del Estado empresario.

Existen, a su vez, importantes elementos estructurales que explican nuestras debilidades. Quiero en esta ocasión precisar mi pensamiento. El P.S. anterior al golpe del 73 era el producto de las tendencias más dinámicas que habían operado en la realidad nacional durante las décadas anteriores. Ellas condujeron a la emergencia de un conjunto de sectores e instituciones, que constituyeron la base de apoyo del socialismo. Sostengo que en la actualidad esos sectores e instituciones se encuentran en franca fase de declinación o debilitamiento. Me refiero a:

- i) la clase obrera sindicalmente organizada cuyo número tiende a disminuir con el consecuente impacto en su gravitación social y política.
- ii) el personal público asociado a la configuración de un Estado empresario y fuertemente interviniente que se ha reducido en forma considerable.
- iii) el Estado docente que luego de la reforma educacional del régimen militar ha abierto paso a un proceso de mayor segmentación al interior del Magisterio.
- iv) el movimiento estudiantil que constituyó un pilar fundamental del socialismo y que en la actualidad exhibe altísimos grados de dispersión e inactividad.
- v) el sistema público de excelencia constituido por la Universidad de Chile y una red de liceos fiscales que hacían posible la materialización de los principios del elitismo republicano, basado en el esfuerzo y el mérito y no en el poder del dinero.
- vi) el movimiento artístico-cultural de los años cincuenta y sesenta que se comprometió con una política de cambios llegándose a producir una estrecha asociación entre cultura y transformación que hoy ya no existe.
- vii) la masonería, institución que luego de su autocensura durante la dictadura, no consigue recuperar el prestigio e influencia de décadas pasadas.

Una expresión clara de nuestras debilidades estructurales son los particularmente bajos resultados obtenidos por el partido en las principales concentraciones urbanas -especialmente Santiago, Valparaíso y Viña del Mar- y una mejor capacidad de resistencia en las localidades rurales más alejadas.

La base material en la que se constituyó el socialismo fue aquella que resultó del desarrollo hacia adentro y del Estado empresario.

La economía nacional presenta hoy día una configuración sustancialmente distinta. Los sectores sociales e instituciones que le dieron sustento al socialismo en las décadas anteriores han entrado en una fase de debilitamiento y declinación, lo que no les permite continuar jugando los anteriores roles de dinamización política.

De lo anterior no puede extraerse ningún tipo de conclusión derrotista. Mientras persistan nuestros anhelos de libertad e igualdad, nuestra causa tendrá vigencia. Para que también alcance eficiencia está obligada a encontrar en la nueva realidad las fuerzas sociales capaces de asumir sus ideales.

Debemos, en consecuencia, encontrar en el desarrollo hacia afuera, la globalización y una economía privada fuertemente expandida las fuerzas que nos otorguen un nuevo impulso.

#### IV UN SOCIALISMO RENOVADO PARA RECONSTRUIR UNA GRAN FUERZA DE IZQUIERDA

La izquierda chilena se organizó en torno a la alianza PC-PS. En el Chile de hoy esa alianza es inviable y resultaría por lo demás del todo insuficiente para sustentar un proceso de cambio.

La reconstrucción de una gran fuerza de izquierda constituye una tarea todavía pendiente. Ni el PS ni tampoco el binomio PS-PPD representamos un sustituto efectivo a la alianza socialista-comunista.

No obstante todos nuestros esfuerzos, lo cierto es que no hemos conseguido llenar el espacio político y cultural que llegó a ocupar la izquierda chilena.

En este cuadro, la relación difícil que en muchos aspectos mantenemos con el PPD refuerza este diagnóstico.

La materialización de nuestras aspiraciones de democracia y justicia social requiere una izquierda democrática y moderna capaz de liderar el bloque histórico por los cambios que representa la Concertación.

Por su trayectoria y experiencia, por sus capacidades colectivas y su elenco direccional, por su bagaje histórico y su densidad intelectual, el Partido Socialista puede constituir, a pesar de sus limitaciones, el instrumento privilegiado de la construcción de una poderosa fuerza de izquierda.

Una tarea de esta envergadura está sometida a requisitos particularmente exigentes. Requerimos de una sustancial redefinición ideológica, de una mayor capacidad de identificar y

representar las grandes necesidades del desarrollo nacional, de un mayor acercamiento a la gente y sus principales inquietudes, de una readecuación orgánica y de una actualización simbólica.

#### Redefinición ideológica

El proceso está en marcha y es fundamental asegurar su culminación exitosa. La Conferencia de Proyecto junto con reafirmar la actualidad del socialismo como tentativa de conjugar libertad e igualdad, debe dotarnos de un conjunto de conceptos que constituyan una guía efectiva para la acción.

La definición del socialismo como una práctica de transformación y no como un modelo de sociedad, el redimensionamiento del marxismo como una de las corrientes relevantes en la evolución del pensamiento contemporáneo, la incorporación, con los resguardos necesarios de conceptos como mercado, empresa o globalización son algunas de las principales cuestiones que debe ser objeto de amplio debate y resolución.

Necesitamos una clasificación a fondo de los planteamientos de cada cual de modo que las corrientes y sensibilidades expresen con claridad ideas y posiciones. Sería un gran error evitar, por la vía de las definiciones ambiguas, la indispensable clasificación político-ideológica.

Si queremos ser la base de una gran fuerza política debemos adoptar definiciones nítidas, comprensibles y atractivas para los sectores mayoritarios de la población. Definiciones que constituyan respuestas válidas, aquí y ahora, y no en un futuro remoto, a los principales problemas del país.

#### Capacidad de expresión de los desafíos nacionales

Las grandes fuerzas políticas son aquellas que se constituyen en torno a objetivos nacionales relevantes.

Existe en la actualidad un cierto vacío que puede y debe ser llenado. Si desde la izquierda conseguimos identificar y enfrentar los factores que lo motivan podemos aspirar a alcanzar una mucho mayor gravitación.

La izquierda debe reconstruirse levantando tres grandes banderas: la reforma política, la modernidad integradora y la ampliación de las libertades.

Reforma política que nos permita no sólo culminar la transición sino que dotar al país de una institucionalidad con un mayor equilibrio entre los poderes, esto es más democrática y con espacios más amplios de participación ciudadana, condiciones, a su vez, indispensables para dignificar la actividad política

acercándola a la gente.

Modernidad integradora para incorporar al carro del progreso un amplio sector de la sociedad todavía excluido que escucha con escepticismo y a veces con rabia la exaltación de los éxitos macroeconómicos del país.

Ampliación de las libertades para conectar a Chile a los procesos globales de modernización que hacen del respeto y promoción de la diversidad un principio fundamental. Este es el necesario complemento, en el campo cultural, de las iniciativas destinadas a superar la exclusión en el ámbito social.

#### Cercanía con la gente

A partir de las definiciones anteriores debiéramos emprender un trabajo sistemático de acercamiento a la base social.

Tengo la impresión que salvo excepciones, la actividad partidaria transcurre en condiciones de escasa vinculación con las preocupaciones de la gente y los esfuerzos y luchas a que ellas dan lugar.

Sin embargo, mi experiencia me muestra que existe en la base social interés por informarse y participar. Las formas de organización vecinal, la calidad de las prestaciones sociales y los servicios públicos, la acción municipal, el apoyo a la Tercera Edad, las reformas laborales, la protección del medio ambiente, la promoción cultural o deportiva, constituyen otros tantos temas de relevancia nacional que interesan de manera directa a la ciudadanía.

En los meses que vienen debiéramos diseñar un programa de reinserción social que desde los más altos niveles de dirección nos permita restablecer una relación más directa con la ciudadanía.

Sin perjuicio de una discusión detallada al respecto, propongo que ese programa se articule a partir de dos líneas básicas:

- una campaña de fortalecimiento de la organización social en virtud de la cual se definan metas precisas en cada comuna en materia de formación y activación de organizaciones de base (sindicatos, juntas de vecinos, clubes deportivos, comités de pavimentación, etc.).
- la elaboración y promoción de una propuesta en torno a la reconstitución de sistema público de salud capaz de garantizar condiciones mínimas de equidad en este campo.

Hoy por hoy, la salud constituye la principal preocupación de los chilenos. Nada es en verdad más inequitativo que el sistema actual basado en la discriminación por el dinero.

Debemos ser capaces de formular una propuesta que conduzca a restablecer condiciones básicas de equidad en el acceso a las prestaciones de salud y generar en la base social un amplio respaldo a ella. Este es el mejor terreno para plantear una batalla que ponga en el centro del debate principios básicos de igualdad y no discriminación.

#### Readecuación organizativa

No podemos continuar actuando como si nada estuviera pasando mientras la apatía y la inactividad siguen avanzando en nuestras filas.

Debemos, con mayor audacia, asumir las nuevas realidades. Ellas apuntan claramente en el sentido del debilitamiento de las cosmovisiones y de la afirmación, al mismo tiempo, de una gran variedad de intereses más específicos.

Este es un dato fundamental a ser tomado en cuenta en la perspectiva de una redinamización partidaria. Se trata concretamente de hacer del partido un espacio y un instrumento para la promoción de iniciativas vinculadas a esos intereses los cuales pueden desplegarse en los más variados campos: político, social, cultural, deportivo o ecológico.

El partido debe ser percibido como un instrumento útil para impulsar un conjunto de tareas que se insertan en una perspectiva progresista. Más que por una adhesión a un cuerpo cerrado de ideas, el militante debe caracterizarse por su compromiso con ciertos principios y valores fundamentales y su disposición a desarrollar, desde algún ámbito, una actividad práctica en esa dirección.

En un cuadro de cierta crisis de las representaciones políticas, el partido que se muestran capaz de asumir la situación y logre expresar las nuevas inquietudes ciudadanas, alcanzará en el futuro próximo, un lugar prominente.

Para ello es fundamental una gran sensibilidad para captar las nuevas tendencias, las cuales evidencian una mayor centralidad de las personas, un acotamiento del espacio de la política y una valoración creciente de la tolerancia y la diversidad.

#### Actualización simbólica

La cuestión simbólica puede ser objeto de tratamientos ampliamente diferenciados. Si ella da lugar a discusiones que con toda libertad permiten una confrontación razonada de posiciones, el tema resulta claramente secundario respecto de las grandes definiciones ideológicas y políticas.

Si por el contrario, ella se transforma en una cuestión de principios que impide un debate racional al respecto, nos enfrentamos a un problema mayor toda vez que ello implicaría reconocer la existencia de espacios intocables más propios de las iglesias y las religiones.

Soy de opinión que nuestro universo simbólico requiere de una actualización. Para ser bien preciso, no estoy proponiendo ni su eliminación, ni menos aún la prohibición de su uso como algunos han dado a entender.

Mi planteamiento es muy simple. Si hemos sometido a una revisión profunda nuestras ideas y hemos introducido cambios importantes en ellas, porque, en esta sociedad en la que predominan las imágenes, no pensar en adecuar nuestros símbolos, a fin de hacerlos más consistentes y expresivos de nuestras convicciones.

¿Nuestra adhesión definitiva e incondicional a la democracia no es lo suficientemente importante como para ser de alguna forma recogida en nuestro universo simbólico? ¿Por qué no pensar en introducir una referencia al respecto en la Marsellesa socialista?

¿Por qué no reconocer en nuestros principales símbolos que nuestra vocación latinoamericana se inserta en una concepción internacionalista más global que fue, por lo demás, la que caracterizó a los precursores del socialismo en el mundo?

Esta discusión no es estrictamente original. Una institución tan importante como la Iglesia Católica la enfrentó y resolvió positivamente hace más de treinta años con ocasión del Concilio Vaticano II.

Entre otros, se realizó allí el debate sobre la liturgia o si se quiere sobre la adecuación de las formas a los contenidos.

La posición dominante se orientó en el sentido del privilegio de los contenidos flexibilizando para ello las formas de la liturgia. El abandono del latín en favor de las distintas lenguas, la incorporación de la música popular, el celebrante de frente a la gente y ya no de espaldas, la simplificación de los ritos, la introducción de una variedad de textos por oposición a la misa de texto único, la comunión de pie y no de rodillas y la eliminación de la obligatoriedad del velo para las mujeres, fueron las principales innovaciones adoptadas en este plano.

Propongo formalmente que abramos un debate al respecto y que si hubiera acuerdo para ello, constituyéramos una comisión de alto nivel, en la cual participen intelectuales y artistas que puedan formular una propuesta de actualización simbólica a ser debatida en nuestro próximo Congreso Nacional.

Si una institución con la trayectoria y la relevancia de la Iglesia Católica tomó la decisión, no obstante la oposición que hasta hoy día perdura, de sectores conservadores, de introducir importantes modificaciones en su liturgia a fin de privilegiar la llegada de su mensaje, sería lamentable que en una institución secular como nuestro partido no pudiéramos hacer un debate equivalente.

## V

### UN NUEVO IMPULSO

En condiciones incomparablemente más difíciles que las actuales, el socialismo fue capaz en la década pasada de concentrar energías y realizar una valiosa contribución a la lucha en contra de la dictadura y al restablecimiento de la democracia. Pero ese impulso se está agotando.

Hoy día necesitamos dar un nuevo salto. Las tareas planteadas son ciertamente distintas pero igualmente requieren de mucha perseverancia y una gran fuerza que las impulse. Quizás mayor aún que la que requerimos para derrotar a la dictadura dada la amplitud y complejidad del programa que tenemos por delante.

Las tareas planteadas son menos nítidas que la lucha contra el régimen militar y requieren de propuestas y elaboraciones que admiten más diferenciaciones y matices.

La reforma política, la superación del neoliberalismo y la ampliación de las libertades constituyen, en el Chile de hoy, un programa extraordinariamente ambicioso. La opción es tanto más difícil por cuanto no tiene un modelo claro de referencia.

Asimilar nuestros planteamientos a la propuesta social-demócrata implica asumir un modelo que en realidad está en crisis en el mundo y cuya aplicación en Chile, con un ingreso per cápita que no alcanza a 1/5 del prevaeciente en las economías social-demócratas europeas, significaría probablemente limitar el desarrollo de nuestras fuerzas productivas a un nivel todavía ampliamente insuficiente.

Si bien, la existencia de un estado democrático con alta capacidad de intervención en diversos planos juega un papel fundamental en nuestra propuesta, en definitiva el énfasis debe estar puesto en la sociedad civil, en los movimientos sociales y en la capacidad de la propia gente para asumir sus problemas. En esto, debemos diferenciarnos claramente de la tradición social-demócrata.

El desafío es difícil, pero no imposible. Luego de la derrota del 73, quienes sobrevivimos hemos reconquistado posiciones. Pero tenemos todavía mucho camino por recorrer.

Son muchas las aspiraciones contenidas y las necesidades insatisfechas. Chile necesita recrear un proyecto nacional. Nuestros jóvenes necesitan volver a creer en algo trascendente. Los pobres necesitan de compromisos concretos. Los trabajadores necesitan que su aporte al proceso productivo sea claramente reconocido. Las mujeres necesitan que se ponga fin a la discriminación de que son víctimas.

Esas aspiraciones requieren de un gran frente social y político que las asuma. Ese frente es la Concertación que forjamos en los ochenta. La Concertación debe proyectarse en el tiempo. No hay política de cambios sin una mayoría que la sostenga. Esa es una conclusión fundamental de nuestra experiencia histórica. Debemos, en consecuencia, intensificar nuestros esfuerzos para asegurar la proyección de esta alianza sin cuyo respaldo nuestras aspiraciones son completamente irrealizables.

Pero, para que la Concertación pueda asumir nuestras reivindicaciones, debemos representar una fuerza más relevante. Concretamente, una fuerza que pueda, en el curso de los próximos años, liderar la coalición. Una fuerza que logre que uno de los suyos, suceda al Presidente Frei al frente de los destinos de la nación. Una fuerza capaz de reorientar la evolución del país desde el curso conservador en que, en la actualidad, se ha instalado.

Ese es el sentido de esta invitación a abrir una nueva fase en la que desde el socialismo y el Partido por la democracia, pero también, desde las organizaciones sociales, por los Derechos Humanos, la ecología, los sin partido, hagamos realidad la constitución de una gran fuerza de izquierda moderna y democrática.